

De la aldea a Megalópolis

ILARIA AGOSTINI

9 ENERO 2021 | CIUDADES, ECOLOGISMO, SOCIEDAD, URBANISMO

El entorno de la vida humana y no humana, objeto privilegiado del urbanismo, está en el centro de las preocupaciones ecológicas. Entre los años 70 y 80, el pensamiento ecológico identifica los principios teóricos que podrían haber informado la gestión de ciudades y territorios y los pone en práctica en corrientes de experiencias microterritoriales, gérmenes de mundos posibles.

El presente razonamiento, centrado en la *mutación genética* de las disciplinas encargadas de gestión del territorio, parte de la multifacética propuesta ecológica y, narrando la traición llevada a cabo (salvo algunas excepciones notables) de los urbanistas, llega a la ideología actual basada en el gigantismo de asentamiento.

Una ideología imperante que corona a la megalópolis como la única forma de vida y agregación humana posible. Políticamente actualizado en la *ciudad-estado*, Megalópolis es un nuevo ecosistema artificial que centra el poder económico-político de las macrorregiones desertificadas y lleva al planeta al abismo del ecocidio.

El entorno de vida. Cuidado, relaciones, producción/reproducción

Los principios ecológicos mencionados anteriormente se pueden resumir en algunas palabras prestadas del léxico feminista: cuidado, relaciones, reproducción.

Según la visión ecológica, el cuidado del hábitat garantiza el equilibrio estable entre acciones antropogénicas y vida extrahumana en espacios microrregionales (o biorregionales). A su vez, el equilibrio es garantía de transmisión del bien de la tierra/ciudad, intacto y mejorado, a las generaciones futuras. La construcción de relaciones fértiles entre el individuo, la sociedad (humana y no humana) y su entorno común inicia una relación virtuosa entre la reproducción de lo vivo y la producción de los materiales necesarios para la vida.

Desde una perspectiva ecológica, que opone el paradigma generativo-reproductivo al dogma de productividad y crecimiento infinito, la revisión de la lógica de propiedad es fundamental. La crítica a la estructura de propiedad encuentra respuesta en el arcaico sistema de bienes colectivos gestionados con usos cívicos, donde la propiedad y el uso están íntimamente vinculados. Y donde la virtud incremental del bien es inherente a las cualidades de inaplicabilidad de la usucapión, indivisibilidad e inalienabilidad del bien común.

Como muchos han reconocido, el mérito del pensamiento ecológico es haber superado la antinomia cultura-naturaleza: la conciencia de que el ser humano es parte de la naturaleza, y que – escribe Vandana Shiva: no hay separación entre la mente y el cuerpo.

La crítica del progreso, fundamento de la ecología, parte de varias matrices teóricas. Los maestros resultan *incómodos*: Ivan Illich, Jacques Ellul, Lewis Mumford, Gandhi, Gregory Bateson; André Gorz es el responsable del intento de síntesis entre las posiciones marxista y ecológica.

Las instancias ecológicas críticas parten de la reformulación, antagónica y antitética, del paradigma reduccionista y mecanicista, según el cual, si el mundo está formado por partes que funcionan como las máquinas, el mundo entero sería como una máquina. Un posicionamiento crítico que se aleja radicalmente del pensamiento extractivo y lineal que separa la naturaleza y la cultura (tema central hoy en la ecología política), pero que, socavando los métodos actuales de gestión y transformación de lo existente, es capaz de reformular prácticas de la vida y del habitat.

Por tanto, el nuevo paradigma ecológico produce inevitablemente un replanteamiento del modelo de vivienda urbana. Devoradora de energía, anti-socializadora, la megalópolis es, para los ecologistas, un “parásito ecológico”, un “factor ecológicamente patógeno que esparce sus desechos por todas partes”, como escribe el biorregionalista Kirk Sale^{1/}. Por otro lado, la reformulación industrial del habitat, como denuncia Gorz, implica inexorablemente, la “cultura de la vida cotidiana”^{2/}.

Microterritorialidad y alternativas de existencia

En los años 70 y 80 hubo un bullir de experiencias que pusieron en práctica el ejercicio del *derecho al campo*. Este, como el derecho a la ciudad, es un derecho “que - argumentó Henri Lefebvre – no se mendiga y no se reclama”^{3/}, y que debe establecerse gracias a una relación de fuerzas: en el conflicto, el Capital y las tropas de sus sirvientes voluntarios se oponen por un lado - alineados como un solo hombre- y, por otro lado, una coalición multiforme llena de contradicciones.

Las colectividades experimentan alternativas de existencia, experiencias microterritoriales que todavía representan vislumbres válidas de la utopía^{4/}. Estas son prácticas contraofensivas a la explotación desenfrenada de los recursos naturales, crecimiento cuantitativo, hiperproducción. En particular, en lo que respecta al presente razonamiento, las resistencias del contraproyecto se oponen a la hipertrofia de la construcción y la agroindustria, a los “espacios de la muerte”^{5/}: espacios desprovistos de vitalidad, y por tanto sin futuro,

insertados en la concatenación de consumo-desperdicio-rechazo-destrucción de recursos territorial.

Las ciudades, por tanto, según los ecologistas, deben ser forzadas en reservas^{6/}. Solo de esta manera la ciudad vuelve a convertirse en ciudad y el nuevo campo vuelve a ser un todo significativo. En el campo, donde se pone en práctica la reapropiación social de los espacios abandonados, estas ecologías de existencia, estos “movimientos que inventan prácticas de hacer común dentro de una política de lo cotidiano”^{7/}, sin embargo, tienen relaciones fértiles, comunicativas y unidas con los ciudadanos. El objetivo es subvertir y anular la relación de dominio capitalista y cultural de la ciudad sobre su territorio rural, y de hecho produce, actuando sobre las relaciones sociales urbanas y extraurbanas, una alianza ciudad-campo.

Toda experiencia de ruralidad socialmente recuperada produce un microhábitat, un microambiente de la vida. Entornos diferentes entre sí y de su matriz. La zona rural reapropiada, se convierte en un lugar de vida diferenciada, alejada de esa “homología de todos los espacios” que Lefebvre denunció como la más eficaz entre las ideologías reductoras. Hacer que los espacios sean reproducibles, entornos de vida paritarios y territorios intercambiables es una herramienta “útil para la reproducción de las relaciones sociales existentes”^{8/}.

Los arquetipos: el pueblo, la biorregión, el municipalismo libertario

Los arquetipos de asentamientos a los que se refieren los ecologistas pueden resumirse en *Pueblo*: autónomo, pero federado con la multitud de pueblos dentro de territorios biorregionales marcados por el policentrismo urbano.

La autonomía de la aldea ha sido teorizada, y practicada parcialmente en los *ashrams*, da Gandhi, quien, en la India agobiada por el yugo inglés, la cargó de significado político anticolonial. El modelo de aldea autónoma, pero interdependiente con la red de las otras aldeas, está bien fundado sobre el autogobierno y la autoorganización (*swaraj*); sobre la autonomía, o el arte de darse las propias reglas según la sabiduría popular (*swadeshi*); sobre el uso precavido de los recursos, o la auto-sostenibilidad, que se debe alcanzar en el contexto de la no violencia (*sathyagrah*)^{9/}. En el siglo XX el concepto será reelaborado por planificadores *orgánicos* en las unidades de vecindario (*neighborhood units*) o en las Comunidades, que Adriano Olivetti imaginó llenas de valor político. En las ciudades, entre los años 60 y 70, el modelo policéntrico y micropolítico se ha implementado y trasladado, desde el punto de vista administrativo, a los consejos vecinales.

La bioregión - o región de la vida - se interpreta, a partir de los estudios de Patrick Geddes, como la escala ideal para la autodeterminación de las poblaciones asentadas, para el ejercicio de formas de autogobierno. Según el poeta biorregional Gary Snyder, vivir en la biorregión significa habitar la tierra con la sabiduría de los *nativos*. Es decir, significa tomar conciencia de los límites de los recursos vitales, asumir responsabilidades directas en su gestión, abordar el tema de la autonomía energética y agroalimentaria. Por último, significa producir directamente el propio entorno de vida y devolver al centro de las políticas territoriales,

el *Buen Vivir* tanto de humanos como de no humanos, tanto de quien ya es, como de quién será^{10/}.

Desde un punto de vista puramente político, los ecologistas han observado con interés al *municipalismo libertario*. La ecología social se ha centrado en modelos de democracia directa, solidaria y capaz de vincular redes federativas, inspiradas en las teorías políticas de Murray Bookchin pero que tienen sus raíces en el pensamiento de Proudhon, Kropotkin, Bakunin. Bookchin diseña “una sociedad a escala humana, descentralizada, compuesta por comunidades políticamente autónomas y agrupadas en federaciones”. La fórmula del municipalismo libertario está estrechamente relacionada con el autogobierno, basado en la propiedad colectiva de la tierra y los medios de producción. “Este principio de descentralización - continúa - tiene como objetivo lograr la gestión local a escala humana de los asuntos públicos, mediante el establecimiento de la propiedad municipal de los vehículos de producción. Se trata de desarrollar un espacio en el que cada uno, siendo parte íntima de él, puede decidir con los demás, encontrar su lugar y expresar plenamente su potencial y su deseos”^{11/}.

El giro neocapitalista

En cambio, sabemos cómo fue^{12/}. En los años en que los ecologistas enfocaron su hipótesis, el modelo de asentamiento de la “banlieue total” - como Charbonneau lo definió^{13/} - fue propagado en la lógica del desperdicio de tierra; la lógica del consumo ha trastornado las formas de pensar y de vivir. El propio Ivan Illich, al final del milenio, se maravilló de la rapidez con que se convirtió la realidad y se ajustó a sus peores profecías, y cómo el mundo se estaba alineando con la “peor predicción de subordinación de la humanidad a una locura de instituciones totalizadoras y deshumanizadoras”^{14/}. En las últimas tres décadas se ha consolidado el modelo centro-periferia que afecta al planeta en conjunto, ignorando el valor ecológico y democrático del policentrismo biorregionalista antes mencionado. La aspiración al gigantismo, la aceleración hacia la dimensión global, acentúa el dualismo insostenible entre megaciudades y territorios vaciados de sentido, saqueados, desertificados. La sociedad del “hiper y mega”^{15/} ha impuesto (ideológicamente) su propia especificidad, totalitaria, una forma de asentamiento sin precedentes: Megalópolis, aglomeraciones de decenas de millones de habitantes, que ya hoy cubren el 3% de la superficie mundial.

La traición

Empecemos la historia de la parábola metropolitana, de la época de los *laudatores urbis disiectae* (Consonni), de los pregoneros de la *ciudad extendida*, del *sprawl* (lema inglés que significa: relajación, repantigarse). En el imaginario disciplinar peninsular, a partir de la segunda mitad de los 80, la hipertrofia urbana se configura como un destino inevitable del territorio italiano. Es el momento en que la intolerancia a las reglas se convierte en propaganda política. El lema es “fuera lazos y vínculos”.

Así, las políticas urbanas se convierten en facilitadoras de la construcción financiarizada, sirvientas de la valorización del rédito. Asistimos al éxito indiscutible de la privatización en

el urbanismo. En las prácticas administrativas se perfila la negociación público-privada: el “diseño lúcido de la exención”^{16/} prevé la negociación de metros cúbicos - que se construirá en forma de excepción normativa, fuera de cualquier regla de plan - entre la autoridad local y los particulares, estructuralmente más poderosos que los municipios con los que se sientan a tratar. Es “planificar haciendo”: vacío de planificación, ineficacia de la regla y del plan, ausencia de proyecto físico y social para la ciudad.

En el cambio de milenio, en plena burbuja de la construcción, las empresas constructoras construyen para poder continuar construyendo: los edificios, incluso vacíos e invendibles, son los activos fijos con los que se garantizan nuevos préstamos bancarios. La construcción se financiariza. El efecto anuncio prevalece sobre la planificación territorial. La compraventa de deudas, es decir, de hipotecas para comprar una casa, y el colapso resultante de la crisis subprime significan que millones de familias siguen pagando un precio de recargo por la casa en propiedad. Mientras tanto, la ciudad crece y la tasa anual de uso del suelo se dispara.

Las ciudades de los treinta años neoliberales^{17/}, ya marcadas por desinversiones y deslocalizaciones industriales, proceden al despojo del parque público de edificios: la venta compulsiva de edificios en uso colectivo está encarecidamente recomendada a los organismos públicos italianos por el Deutsche Bank^{18/}, en particular a los municipios. Actúan disfrazándose de agentes inmobiliarios.

En este clima, la urgencia ecológica se aniquila. O, peor aún, se distorsiona y desfigura. La ecología está subsumida en las políticas territoriales en una versión reducida y maquinista, interna al capitalismo clásico y su versión financiarizada moderna^{19/}. La referencia a las hipótesis ecologistas se traduce por tanto en la forma de “remedios, ajustes y descontaminaciones cada vez más sofisticados y artificiales [que] intentan [no] corregir condiciones de vida cada vez más injustas, degradadas, violentas y pobre en sentido”^{20/}. Pero hay más. La restricción ambiental no se percibe como un límite al desarrollo, sino como un nuevo mercado y una oportunidad de crecimiento de los beneficios^{21/}; la economía verde se convierte en la base de un nuevo ciclo de acumulación, y de nuevos imaginarios y retóricas.

La ideología del gigantismo metropolitano, teñida de verde, se configura entonces como lógica instrumental para la perpetuación del paradigma hipertrófico y de la narrativa del desarrollo. El crecimiento exponencial de la megaciudad - nuevos edificios cada vez más altos, nueva infraestructura cada vez más rápida, nuevas formas de gobernanza cada vez más privatizadas - está asegurado por el flujo imparable de poblaciones en grandes masas, que ya no tienen connotaciones “urbanas”. E incluso la solución al problema ecológico está vinculada al poder creativo, proporcional - a su vez - a la potencia técnica de la metrópoli. Para asegurarse un buen lugar en la competencia global, la megaciudad concentra riqueza y poder, polariza megafunciones, infraestructuras y servicios (privatizados).

Es un imaginario de “aumento de poder”, inhumano y violento, que el planeta no puede sostener.

Megaciudades y megaregiones: la cuestión política La ideología megapolita

La ideología megapolita presupone, como hemos visto, hipertrofia urbana e infraestructural, consumo de las relaciones sociales y ecológicas. La metrópoli no se entiende en sentido etimológico como una *madre de la ciudad*, sino como un proceso de jerarquización de espacios, a escala nacional y global.

La megalópolis completa una nueva jerarquía entre ciudades *en ascenso* y *en declive*. Es la geografía del 1 y 99%, del mundo dividido entre sumergidas y salvadas, entre ciudades *activas* y *pasivas*, como las califica el vocabulario de una literatura de planificación urbana en desuso (ahora re-acreditada) maquinista-funcionalista^{22/}.

La megaciudad es el resultado de un paradigma dual que extrae, del vacío inducido de los territorios intermedios, la entidad metropolitana. Una entidad que, como señaló Bookchin, “no es ni campo ni ciudad”. El paradigma también tiene connotaciones totalizantes. Borra las diferencias de hábitat, homogeneiza, unifica y uniforma las ciudades, haciéndolas intercambiables, y moviéndonos, además, en la dirección peor para la supervivencia humana en el planeta.

La megaciudad es un imán global

Según el sociólogo Jean Pierre Garnier^{23/}, la metrópolis se basa en múltiples factores socioeconómicos: transnacionalización del capital y su financiarización; tecnología de la información; flexibilidad de trabajo.

El neocapitalismo (sin fronteras, independiente pero muy favorecido por las políticas del estado-nación) necesita concentrar capital en los centros de decisión y proyecto, en los denominados *centros estratégicos*, en centros de investigación, educación superior e innovación.

La metrópoli es la herramienta ideal para acumular el máximo de funciones y personas competentes. A pesar del mensaje común, el neocapitalismo requiere la concentración de actividades, aunque aprovechando la hiperconexión tecnológica. De hecho, nada es más poderoso que el cara a cara, de la reunión de poderes y capital en las mismas oficinas o restaurantes.

Dado que el tiempo es dinero, las decisiones no deben tener tropiezos: como las acciones, deben lograrse en una fracción de segundo. Trabajo precario, nomadismo global, producción flexible constituyen un excelente agente fluidificante para la *solidez* de la toma de decisiones.

Megalópolis y *new economy*

Alimentadas por la *new economy*, las megaciudades conectadas entre sí por un transporte hiperrápido polarizan:

1. decisión y control: oficinas administrativas, sedes multinacionales, planificación industrial deslocalizada, etc.;
2. finanzas: organismos bancarios nacionales y supranacionales, bolsas de valores, etc.;

3. innovación: institutos de investigación industrial, biotecnología, centros universitarios, etc. No por casualidad el atractivo urbano se mide en patentes: en comparación con las 13.000 patentes industriales en Boston, la metrópoli italiana por excelencia, Milán, se detuvo en 2.000, todavía tiene que funcionar.

¿Quién está al mando de Megalópolis?

Desde un punto de vista político, la metrópoli es un dispositivo que fortalece el gobierno a escala urbana y las políticas para (y por) las ciudades: las llamadas “agendas urbanas”^{24/} son colecciones de las acciones gubernamentales en dirigidas a las ciudades europeas. Las agendas urbanas van desde el cambio climático hasta la acogida de personas migrantes; de la pobreza urbana a la economía circular. Sobre el papel de las megaciudades a la luz del debilitamiento de los poderes estatales volveremos en el tercer capítulo de nuestra crítica.

El gobierno de la ciudad entra en vigor en la esfera económica y destruye la felicidad pública. A las políticas sociales reemplazan la atracción de inversiones.

En este clima, las multinacionales, atraídas *intramuros*, entran con fuerza en la esfera de la toma de decisiones de los territorios megapolitanos. Las corporaciones ejercen su influencia de naturaleza económico-financiera sobre administradores sujetos a las reglas y juegos de mercado. Ellos entran en las gobernanza con mayores poderes de los interlocutores públicos y, de esta forma, privatizan el poder público.

Las transformaciones urbanas ya no están lideradas por personajes como Nottola, el constructor magistralmente descrito en la película *Le mani sulla città* (1963) que podía moverse con facilidad en la Italia provincial del boom económico y demográfico. Hoy, en cambio, son las corporaciones multinacionales las que determinan las políticas del territorio y la ciudad: desde el uso de recursos ambientales y patrimoniales, a la gestión de bienes comunes. Es la corporación: que indica el terreno para construir el estadio de fútbol de un equipo de una capital europea; que dicta las reglas para el suministro de agua pública o transporte colectivo; que decide la ubicación del estación de ferrocarril para trenes de alta velocidad.

Propaganda y retórica

La *teología* de la metrópolis responde perfectamente a la necesidad de ofrecer nueva vida al imaginario de la ciudad en constante crecimiento. Con trucos de propaganda promueve la expansión de grandes aglomeraciones.

La retórica megalopolitana se apropia de la jerga esquizofrénica que es a la vez bélica y de salvación. Un léxico bipolar que mitiga posibles conflictos pero al mismo tiempo exacerba las mónadas urbanas. De la arrogancia del mercado financiero adquiere términos como: *brand*, competencia, competición, desafío, atractivo, gobernanza. De la jerga biomédica asume la visión consuelo de los fenómenos reparadores de las cosas de la naturaleza: entre los innumerables términos empleados, *regeneración* y *resiliencia* son las más dominantes y representativas.

Pero no es solo una cuestión lexical. La *resiliencia* significa, en la mayoría de los casos, no enfrentarse a los inconvenientes de la vida urbana, sino quitar fuerza y sentido a las resistencias existentes y las alternativas de existencia; *inclusión* y *hospitalidad* no significa lidiar con la pobreza, sino más bien atraer fuerzas sociales ganadoras (en sentido económico); la *regeneración* no significa actuar en la mejora de los suburbios, sino liberar espacios centrales para los apetitos corporativos globales.

El hecho de que la propaganda no se limita al léxico está probado por muchos dispositivos normativos y planificadores lanzados en los últimos años. En Italia, dos ejemplos representativos: la nueva ley de planificación urbana de la Región Emilia-Romagna, que trastorna la planificación municipal para entregarla en manos de poderes extraterritoriales^{25/}; y la variante al artículo 13 del reglamento urbanístico del Ayuntamiento de Florencia que, al imponer las normas, anula la restauración obligatoria de monumentos notificada para allanar el camino a los apetitos que pesan en los pocos kilómetros cuadrados de la ciudad histórica, cuna del Renacimiento^{26/}.

El caso francés

Para ejemplificar la teología y la práctica megapolitanas, elegimos el caso francés, donde la *grandeure* establece una comprensión perfecta con el evangelio gigantista.

Un documento que data de 2017, publicado en la web oficial del Gobierno, ilustra los ejes de interés de la política metropolitana: “La metrópoli tiene como objetivo la puesta en valor de funciones económicas metropolitanas y sus redes de transporte; el desarrollo de los recursos universitarios, de la investigación e innovación. También asegura la promoción internacional del territorio”^{27/}. Entonces: economía, transporte, investigación e innovación, promoción del territorio (mejor si es turístico y mercantilizado).

Las *Villes métropolitaines* están establecidas en Francia desde 2010. Además de París, tienen el título de metrópolis: desde 2015, Lille, Rennes, Nantes, Burdeos, Toulouse, Lyon, Grenoble, Estrasburgo; desde 2017, Clermont-Ferrand, Dijon, Metz, Nancy, Orléans, Saint-Étienne, Toulon, Tours. Casos peculiares representan las *métropoles* de Brest, Montpellier, Niza y la conurbación de Aix-Marsella.

La reforma también se extiende a las divisiones regionales.

En 2015 las regiones francesas pasaron de 22 a 13. “El objetivo perseguido - escribe Guillaume Faburel en su reciente *Métropoles barbares* - es crear autoridades locales capaces de sopesar la competencia entre regiones europeas”. Para garantizar su peso estratégico transfronterizo, se les da un tamaño demográfico adecuado a las regiones vecinas rivales.

El proyecto *Gran París* está en el centro de la narrativa oficial: se esperan 12 millones de habitantes en 2030, 15 millones en 2050. La atracción de nuevas poblaciones, de inversores y de *materia gris* (clase creativa, investigadores, innovadores, etc.) haría que París fuera capaz de competir con Nueva York, Londres o Tokio.

El corazón del proyecto *Gran París* es la construcción de un anillo de infraestructura: el súper metro Grand Paris Express que rodea la conurbación. 200 km de ruta con 72 nuevas

estaciones metropolitanas (*gares RER*), que se entienden como núcleos de barrios, donde se prometen “nuevos estilos de vida”.

Según la propaganda oficial, los nuevos estilos de vida se desarrollarán en los llamados *clusters* (centros de educación superior, investigación, innovación, etc.), concentrados a su vez en los *polos de competitividad* que acogen a las empresas y sus cuadros, donde se producen las ideas, modelos, esquemas, planes industriales (para la producción deslocalizada en países pobres).

La jerarquía metropolitana repite el antiguo esquema de expulsión de las clases populares. En el centro: la élite mundial. En la periferia: el hábitat de las clases medias, las *gares* [estaciones] del RER, los centros comerciales y, además, los centros de excelencia, competitividad, ocio, asistencia y logística, “barrios acogedores de las actividades estratégicas que permiten el desarrollo del capitalismo y de las relaciones sociales de dominación” (Garnier). En los márgenes lejanos, las clases bajas.

Macrorregiones y debilitamiento democrático

La Megalópolis realiza una centralización exasperada de los poderes territoriales. Lo que hemos visto que sucede en Francia se hace realidad en Italia en nombre de la atracción de poderes y flujos hacia las ciudades con destino metropolitano, cuya construcción y desarrollo de infraestructura parece estar comandado por fuerzas de otro mundo.

En los años comprendidos entre la primera y la segunda década del 2000, en la Península se asiste a la puesta en práctica de estrategias para debilitar la democracia local: se ha trazado el camino hacia la ampliación de los vínculos territoriales obtenidos al fusionar las redistribuciones territoriales (estrategia ya implementada por el gobierno fascista entre 1927 y 1934).

La unificación de los municipios está regulada por el Decreto Legislativo 267/2000, Sistema de Autoridades Locales, art.15: actuando principalmente en los municipios pequeños, los más débiles, los del interior - como ha señalado Rossano Pazzagli -, la medida debilita “la estructura básica del Estado, columna vertebral viva de la democracia”^{28/}, las autonomías locales.

El lanzamiento de las ciudades metropolitanas de Bari, Bolonia, Cagliari, Catania, Florencia, Génova, Messina, Milán, Nápoles, Palermo, Reggio Calabria, Roma, Turín, Venecia está regulado (a la espera de la nunca actuada reforma de Renzi del Título V de la Constitución implementada) por el D.L. 7 de abril de 2014, n. 56, “Provisiones sobre ciudades metropolitanas, sobre provincias, sobre uniones y fusiones de municipios”, conocida como Ley Delrio. También aquí los datos políticos sufren una reacción violenta. La elección indirecta del primer ciudadano metropolitano, prevista en la nueva jerarquía territorial, socava el sistema democrático. Vastas áreas geográficas ahora están gobernadas por consejos presididos por el alcalde de la ciudad principal.

La anulación iniciada de las provincias es un proceso que ha quedado inconcluso. Resultó en un caos administrativo generalizado: así lo demostró la falta de rescate en el terremoto en

Italia central en invierno de 2017^{29/}; así lo demuestra el estado de las carreteras y los edificios escolares peninsulares. También estableció un peligroso desequilibrio en el territorio nacional entre áreas metropolitanas y áreas sin una autoridad local intermedia entre la Región y el Municipio.

Para concluir el cuadro, recordemos finalmente la propuesta de regiones nuevas y más grandes. Idea varias veces surgida en el debate político, que prevé la fusión de regiones según un proceso no previsto por la legislación italiana. Y, por tanto, en el centro de una propuesta de ley constitucional, naturalmente etiquetada PD^{30/}. El DdL preveía el paso de 20 a 12 regiones. Las macrorregiones se enmarcan en el marco conceptual del denominado “regionalismo diferenciado”^{31/}, introducido en el tercer párrafo del art. 116 de la Constitución desde su reformulación que se produjo a caballo del Milenio. En 2015, Enrico Rossi [PD], presidente de la Región de Toscana, presentó el diseño de una “nueva región que va del Tirreno al Adriático”. La macrorregión uniría Toscana, Umbría y Las Marcas, territorios donde “las pequeñas y medianas empresas [...] tienen sus raíces en la escuela *que ofrece la aparcería*”^{32/} (cursiva nuestra). La apelación a la identidad histórico-antropológica, utilizada para apoyar una propuesta dentro de un escenario económico que, como el propio Rossi reconoce, “ha trasladado la competencia a una dimensión global”^{33/}, parece por lo menos contradictorio. Seguramente débil.

La dominación de la ciudad-estado.

Megalópolis se interpreta hoy como un instrumento de dominación territorial. Su representación se extiende entre la *ciudad buena* y la *ciudad mala*, entre la *ciudad de la perdición* y la *ciudad de la salvación*. Es una escatología, una investigación sobre el destino final de la vida agregada en el planeta Tierra. Como una *Jerusalén celestial* actualizada, Megalópolis quiere ser la única y última forma de salvación frente a la *amenaza* que representa el perjuicio del medio ambiente global.

Ideología salvífica, pero con una contradicción incurable. La urbanización mundial hiper-tecnológica es, de hecho, causa y efecto de los desequilibrios sociales, territoriales y medioambientales: mientras desde los territorios saqueados, los pueblos fluyen hacia la megaciudad deteniéndose en sus bordes, en las áreas centrales se despliega el culto neocapitalista. Sin embargo, la retórica dicta el modelo *hiper*como solución exclusiva a los males de los asentamientos humanos, pero sin ofrecer pruebas de su realidad.

La revelación de los programas megapolitas

A la *ciudad-estado*, el capítulo más reciente del gigantismo metropolitano^{34/}, está dedicada una publicación del Instituto Aspen^{35/}. En cuanto a una interpretación crítica del fenómeno, el *think tank* presidido por Giulio Tremonti, ofrece análisis y escenarios de gran interés: la literatura patronal, de hecho, tiene el mérito de mostrar el mundo del lado de quienes detentan el poder económico. No solo. A la incomparable ventaja de esta revelación se suma hoy, ya que la lucha de clases fue ganada por los mega-ricos, la renuncia a la cautela conveniente a la postura patronal. Esto hace sumamente fructífero el estudio de esta corriente literaria.

El de *ciudades-estado* es el rango de las metrópolis *más grandes*, las más pobladas y productivas, aquellas megalópolis que aspiran a la supremacía política sobre una macrorregión, “que pueden coincidir también con todo el territorio nacional”^{36/}. Es el rango de las metrópolis “tan poderosas como los principales países del mundo”: el PIB de Nueva York es de hecho equivalente al de Canadá, el de Londres, al de Holanda.

“Incubadoras y aceleradores” de la *new economy*, y por supuesto “*smart*”, las ciudades-estado serían seiscientas en todo el planeta. En feroz competencia entre ellas ya que, según el verbo megapolita, ciudades-estado y megaregiones constituirán las “piezas fundamentales de la economía global”.

Mega-alcaldes por megaciudades

En Italia, Milán parece destinado a asumir el papel de ciudad-estado. Aspiración apoyada por el éxito económico: el PIB del Gran Milán equivale de hecho al 33% del producto nacional^{37/}. Pero Milán, una ciudad que “envuelve, atrae y concentra, convirtiéndose en el eje de un sistema monocéntrico”, ¿ya es ciudad-estado? Stefano Boeri tiene la respuesta: “A escala nacional, no. Sí, si lo consideramos el centro de una región urbana de cinco o seis millones de habitantes. Milán es ahora una ciudad global, la única en Italia. El mundo ya está representado allí, como lo demuestran las multinacionales como Microsoft o Google que lo eligen”^{38/}. Evidentemente, la gobernanza milanesa será corroborada por el lanzamiento del federalismo regional diferenciado.

A nivel planetario, en lo que respecta a las estrategias políticas, las hiperciudades se mueven de forma independiente. Frente a la evolución de la *gobernanza global* (o, en otras palabras, a la privatización del poder público) y frente a las capitales *esclerotizadas* en estados cada vez más endeudados y *vetustos*, muchas ciudades “decidieron que era necesario tomar la iniciativa directamente”. Así los mega-alcaldes se han impuesto “como protagonistas del escenario internacional” (p.43), tomando iniciativas “independientemente de los líderes supremos de los respectivos estados-nación” y dando vida a una “muy activa *city diplomacy* internacional”.

La acción de los alcaldes, autónoma pero *concertada*, estaría conectada - según el Instituto Aspen - a la afirmación de la *sharing economy*, la *violencia transnacional* y el caos climático, fenómenos que, a pesar de tener un carácter global, tienen lugar en las ciudades. Las ciudades-estado serían por lo tanto llamadas a dictar “una especie de programa global progresista, favorable a la afluencia de capitales y migrantes, independientemente de los deseos del poder polvoriento y formal de capitales distantes”.

La megaciudad es un dominio económico. Y político

Por tanto, como puede verse, el uso de la fórmula *ciudad-estado* suma al valor económico de que se carga Megalópolis, el de dominio político (en lo que respecta a la *polis*). En esta narrativa, los datos sociales y la calidad del entorno construido, *civitas* y *urbs*, se debilitan aún más.

Megalópolis, incluso en su versión políticamente hegemónica que la haría más *inclusiva*, priva a la ciudad de esa dimensión de solidaridad, de autonomía (el arte de darse las reglas), de democracia directa, que es fundamental para el municipalismo libertario de la ecología social o en el policentrismo territorial.

Como ya ha adivinado quien lea esto, a los defensores del fenómeno no se les escapa que Megalópolis es un contenedor de desigualdades: “Los ganadores y perdedores de la globalización urbana terminan [de hecho] por estar en estrecho contacto”. Y que, efectivamente, las metrópolis son “el” lugar de las contradicciones: “Las metrópolis de hoy condensan, en un microcosmos del mundo global, gran riqueza y gran pobreza, arraigamiento local y movilidad casi total, realidad geográfica y cancelación de las distancias”.

En la narrativa dominante, como demostraremos, la superación de las inequidades sociales y de los desequilibrios ecológicos se encomienda a la hipertecnología de los asentamientos, a la hiperconcentración de los habitantes, y a la adición (en la ciudad-estado) de poderes políticos al capital cognitivo-económico metropolitano. Empecemos por el tema medioambiental.

Ecología de la ciudad-estado

La ciudad-estado ejemplar es la futura Pekín de 103 millones de habitantes. Una capital global en el centro de un territorio, China, que ya hoy carece de recursos rurales y por tanto se apodera de tierra cultivable en África. Para permitir la supervivencia alimentaria de decenas de millones de metrociudadanos en las muchas ciudades-estado, se promete agricultura hidropónica y *aterritorial*, es decir, en plataformas marinas. Para las ciudades africanas, la solución del *vertical farming* se indica como milagrosa, así como los cultivos *rooftop*, es decir, en los tejados de los edificios.

Las zonas rurales se reducen a intersticios en el desarrollo de la metrópoli china. Por eso se espera una reforestación de 60 millones de árboles: que “tiene como objetivo mejorar la calidad del aire y redefinir las fronteras entre ciudades”.

Ante el evidente daño ambiental del asentamiento planetario polarizado en las grandes ciudades globales, la literatura ofrece la receta universal para los males ambientales: “el camino a seguir – se lee en la introducción a *Aspenia*- será el de la economía circular y el desarrollo sostenible [...]. La lucha contra el cambio climático es un objetivo mundial: [...] si algunos se echan atrás el problema no se soluciona”.

Las nociones de “economía circular” y “desarrollo sostenible”, tal como las propone la literatura megalopolita, aparecen como fórmulas retóricas sin contenido. Ambas abrumadas por la *green economy*, y ambas sujetas a la subsunción reduccionista de matriz tecnocrática, funcional al dictado del turbocapitalismo, las dos nociones han perdido fuerza. Pero hay más. El mencionado “si algunos se echan atrás”, en el olor de la coacción, es una expresión no latente de ese “fascismo tecnoburocrático” previsto y temido por Illich y Gorz.

En este clima, Saskia Sassen, una reconocida socióloga, teoriza la “(re)delegación a la biosfera”³⁹. El camino que se considera como solución a los males ambientales urbanos no duda en (re)ubicar la naturaleza en un papel auxiliar, en un papel subordinado: pone las

capacidades regenerativas de la naturaleza a trabajar en indemnización por daños y perjuicios. En otras palabras: “La naturaleza se hará cargo del daño sufrido”, y nosotros de defendernos de la naturaleza misma (y el clima loco).

La (re)delegación se basa en la “explotación de capacidades biosféricas” como alternativa al uso actual de sustancias químicas y sintéticas nocivas para el medio ambiente, “(no todas)”, especifica la autora. El proceso propuesto se centra en el uso de “herramientas” que se prestan a un uso multisectorial, como “los edificios, las aguas residuales y las algas”. Por lo tanto, se requiere un cambio en el enfoque de gestión y en el proyecto de lugares de vida. Los remedios, ajustes y descontaminaciones propuestos persisten, de hecho, en la “reserva de capacidad en esa tierra del medio entre la realidad urbana y la biosfera”.

En otras palabras, los remedios insisten en:

- el rendimiento ecológico de artefactos y edificios: bosques urbanos, edificios "inteligentes", quizás “equipado con espacios para la nidificación de aves y para el crecimiento de la vegetación superficial” (el ejemplo siempre verde es el Bosque Vertical en Milán);
- la acción biológica de hongos, bacterias y otros microorganismos;
- la circularidad del sistema económico. En este sentido, la autora de *Global City* llega a la paradoja: “el plástico recuperado de los mares [producido y dispersado por la ciudad, ed.] se puede utilizar como combustible para suministrar energía a la ciudad [misma]”.

Sin embargo, el logro de los objetivos ambientales y climáticos también se mantiene dentro de las hipótesis, ya que no se tienen en cuenta las externalidades negativas en términos de consumo de energía, agua, materias primas, etc. y contaminación inducida, que amenazan con superar los beneficios deseados. Un resultado que corre el riesgo de traducirse en lo que en la jerga filosófica se define como “heterogénesis de los fines”.

Sea como fuere, la implementación del desempeño regenerativo de la “tierra media” ve la colaboración en red de las megaciudades. Entre ellas, las bañadas por el mar ya están listas para fortificarse con muros protectores de la subida del nivel del mar. El Mose enseña.

Barbarie fuera de la ciudad-estado

Los *laudatores urbis megapolitanae* son advertidos del riesgo de exclusión mortal de los territorios no alcanzados por el *programa global progresivo*; pero su miedo tiene una naturaleza política y está conectado a la posesión del poder de mejorar el hábitat:

“De hecho, olvidar territorios y centrarse únicamente en las megalópolis puede significar, a nivel político, encontrarse con problemas como el Brexit, votado por los centros más pequeños y periféricos que han superado a la megalópolis de Londres, o como la revuelta de los *chalecos amarillos* que acuden a París para demostrar su descontento no solo con el gobierno francés, sino también con los ciudadanos de otra gran metrópolis”. Se deduce que las poblaciones rurales residuales deben trasladarse a las hiper-ciudades. Otra cara de su atractivo.

Según Slavoj Žižek, el capitalismo global (y su manifestación urbana), que se presenta en forma de capitalismo global con rostro humano, se erige como el último bastión contra el fascismo global. “la obscenidad de la situación”, comentó recientemente el filósofo, “te deja sin aliento”^{49/}.

Para concluir

El modelo propuesto, gigante, violento, inhumano y hostil a las formas de vida no humanas, se limita a declaraciones de carácter escatológico, sin que se demuestre su eficacia y durabilidad. El mensaje, pobre en imaginación y nunca validado por evidencias científicas convincentes, es este: sólo si la humanidad se mete en el medio ambiente totalmente artificial de la megaciudad será capaz de afrontar los retos globales.

La metrópolis global promete solucionar los problemas que genera. En este giro teórico, la ideología tecnológica megapolita muestra la insuficiencia de sus declamadas virtudes. Promete anular las desigualdades, que en cambio son estructurales al modelo hiperurbano; promete compensación por daños ambientales debido a la extracción de recursos, vitales para las prótesis metropolitanas; anuncia una felicidad individual, basada en el consumo de recursos necesario para la vida misma.

La ideología de los *ecosistemas económicos (sic)* megapolitanos ignora cualquier hipótesis alternativa y disidente, microterritorial y policéntrica. Su imposible autolimitación, negando cualquier analogía con el ecosistema “autoequilibrado, autoadaptativo, autopurificador”^{41/}, se pone de manera desastrosa fuera de la naturaleza. A medida que va tomando forma, por lo tanto, el modelo gigantista acelera el camino hacia más genocidios y biocidios.

Quedan por encontrar los puntos fuertes que obstaculicen su realización.

Ilaria Agostini es profesora en Planificación y diseño urbano y territorial en la Università di Bologna, autora fecunda de trabajos sobre las ciudades, fue candidata a las elecciones regionales de Toscana de 2020 en las listas de Toscana a Sinistra. El artículo se publicó en tres partes en la revista *PerUnaltracittà*.

Este artículo es la transcripción de la contribución al encuentro Para una crítica del urbanismo, organizado por el Gruppo Quinto Alto en el Gabinetto Vieusseux, Florencia 4 de febrero 2019. Al encuentro han participado, además que la autora, Enzo Scadurra y Ubaldo Fadini.

Traducción: Marko Mastrocecco

Notas:

1/ Kirkpatrick Sale, *Le regioni della Natura. La proposta bioregionalista*, elèuthera, Milano, 1991, p. 80 (ed. orig. *Dwellers in the Land. The Bioregional Vision*, Sierra Club Books, San Francisco, 1985).

2/ Cfr. André Gorz, *Ecologica*, Jaca Book, Milano, 2009.

3/ Cfr. Henri Lefebvre, *Le droit à la ville*, Anthropos, Paris, 1968.

4/ Reenvío a mis: *Il diritto alla campagna. Rinascita rurale e rifondazione urbana*, Ediesse, Roma, 2015; e *Spiragli di utopia: Lefebvre e lo spazio rurale. Commento a “Spazio e politica. Il diritto alla città II”*, “Casa della Cultura”, 1 febbraio 2019, <<https://www.perunaltracitta.org/2019/02/04/henri-lefebvre-e-la-riappropriazione-dello-spaziorurale/>>.

5/ Henri Lefebvre, *Spazio e politica. Il diritto alla città II*, por Francesco Biagi, Ombre Corte, Padova, 2018, p. 118.

- 6/ La expresión (1986) es de Massimo Angelini (ahora en *Minima ruralia. Semi, agricultura contadina e ritorno alla terra*, pentàgora, Savona, 2013).
- 7/ Andrea Ghelfi, *Ecologie del comune*, “Effimera. Critica e sovversione del presente”, 25 maggio 2017, <<http://effimera.org/ecologie-del-comune-andrea-ghelfi/>>.
- 8/ Lefebvre, *Spazio e politica* cit., p. 30.
- 9/ Cfr. Gandhi, *Villaggio e autonomia. La nonviolenza come potere del popolo*, Lef, Firenze, 1982
- 10/ Cfr. Gary Snyder, *Nel mondo selvaggio*, red, Como, 1990 (ed. orig. *The Practice of the Wild*, North Point Press, Berkeley, 1990). Es importante señalar la actualización, conceptual y metodológica, realizada por la escuela territorialista hacia la “biorregión policéntrica urbana”: cfr. Alberto Magnaghi, *La biorégion urbaine. Petit traité sur le territoire bien commun*, Eterotopia France, Paris, 2014.
- 11/ La cita de Murray Bookchin está en Guillaume Faburel, *Les métropoles barbares. Démondialiser la ville, désurbaniser la terre*, Le passager clandestin, Paris, 2018. Se recuerda el importante intento de construcción de un federación municipalista; cfr.: Osvaldo Pieroni, Alberto Ziparo, *Rete del nuovo municipio. Federalismo solidale e autogoverno meridiano*, Carta/Intra Moenia, Roma-Napoli, 2007.
- 12/ El tema está ampliamente desarrollado en el libro que escribí junto a Enzo Scandurra: *Miserie e splendori dell’urbanistica*, DeriveApprodi, Roma, 2018
- 13/ Bernard Charbonneau, *Vers la banlieue totale par le pouvoir total*, in Maurice Badet, Id., *La fin du paysage*, Anthropos, Paris, 1972 (hoy editado con el título: *Vers la banlieue totale*, Eterotopia, Paris, 2018, pp. 53-64).
- 14/ La frase está en Franco La Cecla, *Ivan Illich e la sua eredità*, Medusa, Milano, 2013, p. 53.
- 15/ Cfr. Enzo Lesourt, *Survivre à l’Anthropocène*, PUF, Paris, 2018.
- 16/ La expresión es de Paolo Berdini. Entre sus numerosas profundizaciones, se vea el volumen: *Le città fallite. I grandi comuni italiani e la crisi del welfare urbano*, Donzelli, Roma, 2014.
- 17/ Un retrato severo y grupal de las mutaciones de las ciudades italianas está en el libro que he editado con Piero Bevilacqua: *Viaggio in Italia. Le città nel trentennio neoliberista*, manifestolibri, Roma, 2016.
- 18/ Se hace referencia al informe *Guadagni, concorrenza e crescita*, presentsdo por Deutsche Bank en diciembre 2011 a la Comisión Europea.
- 19/ Cfr. Ottavio Marzocca (a cura di), *Governare l’ambiente? La crisi ecologica tra poteri, saperi e conflitti*, Mimesis, Milano-Udine, 2010.
- 20/ Alexander Langer, *Vie di pace / Frieden schließen*, Arcobaleno, Trento, 1992, p. 438.
- 21/ Esta postura se desarrolla en Leonardi, *Lavoro, natura, valore. André Gorz tra marxismo e decrescita*, Orthotes, Napoli-Salerno, 2017. La introducción al libro se puede consultar en <<http://effimera.org/introduzione-lavoro-natura-valore-emanuele-leonardi/>>.
- 22/ En la literatura megalopolitana se usa referirse a la “teoría de la ciudad central” del geógrafo alemán Walter Christaller (1933), quién funda el análisis y la planificación territorial en modelos jerárquicos de tipo geométrico-cuantitativo.
- 23/ Entre las distintas publicaciones del sociólogo-urbanista, vease Jean-Pierre Garnier, *La Métropolisation stade suprême de l’urbanisation capitaliste*, “Avatarium”, n. 14, 2013, pp. 11-12, <<http://www.avataria.org/avatarium2014/journal-avatarium14.pdf>>.
- 24/ Se vean las numerosas referencias a las fuentes en: Commissione europea, *L’agenda urbana dell’UE: coinvolgere le città nella concezione delle politiche dell’UE*, comunicato stampa, Bruxelles 30 maggio 2016.
- 25/ Cfr. El libro que he editado: *Consumo di luogo. Neoliberismo nel disegno di legge urbanistica dell’Emilia-Romagna*, Pendragon, Bologna, 2017, <https://www.perunaltracitta.org/wpcontent/uploads/2017/11/libro_consumo_di_luogo.pdf>.
- 26/ Cfr. *Il diritto alla città storica*, a cura di Maria Pia Guermandi e Umberto D’Angelo, Associazione Bianchi Bandinelli, Roma, 2019, <<http://www.bianchibandinelli.it/2019/01/15/ildiritto-alla-citta-storica-ebook-con-gli-atti-del-convegno/>>.
- 27/ <https://www.gouvernement.fr/action/les-metropoles>, cit. in Guillaume Faburel, *Les métropoles barbares. Démondialiser la ville, désurbaniser la terre*, Le passager clandestin, Paris, 2018, p. 13.
- 28/ Sobre la situación toscana, cfr. Rossano Pazzagli, *Toscana: la fusione dei Comuni è antidemocratica e antistorica*, “La Città invisibile”, 29 ottobre 2015,

<<https://www.perunaltracitta.org/2015/10/29/toscana-la-fusione-dei-comuni-e-antidemocratica-eantistorica/>>. Si veda anche la posizione territorialista:

<<http://www.societadeiterritorialisti.it/2013/04/24/ripartire-dal-territorio-appello-per-lasalvanguardia-dellautonomia-e-del-ruolo-dei-piccoli-comuni-italiani-2/>>.

29/ Emidio di Treviri, *Sul fronte del sisma. Un'inchiesta militante sul post-terremoto dell'Appennino centrale (2016-2017)*, DeriveApprodi, Roma, 2018.

30/ Presentada en varias legislaturas. Cfr. La actual propuesta de ley constitucional AC 110, presentada por el diputado Morassut, que fue consejal de urbanismo en la junta de Veltroni: <<http://documenti.camera.it/leg18/pdl/pdf/leg.18.pdl.camera.110.18PDL0001920.pdf>>.

31/ Cfr. il documento, a legislatura uscente: *Il regionalismo differenziato e gli accordi preliminari con le regioni Emilia-Romagna, Lombardia e Veneto*, XVIII Legislatura, maggio 2018, <<https://www.senato.it/service/PDF/PDFServer/BGT/01067303.pdf>>.

32/ *Toscana, Umbria e Marche: tre regioni simili, con necessità comuni*, comunicato stampa, 21 novembre 2015, <<http://www.regioni.it/dalleregioni/2015/11/21/toscana-toscana-umbria-e-marchetre-regioni-simili-con-necessita-comuni-432559/>>

33/ *Rossi: la mia Italia di mezzo. Fatta di storia e di economia*, comunicato stampa, 20 novembre 2015, <<http://www.toscana-notizie.it/-/rossi-la-mia-italia-di-mezzo-fatta-di-storia-e-di-economia>>.

34/ Cfr. Parag Khanna, *La rinascita delle città-stato. Come governare il mondo al tempo della devolution*, Fazi, Roma, 2017.

35/ *Il ritorno delle città stato*, "Aspenia", n. 81, 2018. La publicación recoge escritos de algunos de los abanderados del tema: entre ellos Saskia Sassen, Richard Florida, Stefano Boeri. Donde no se indique de otra manera, las citas contenidas en este artículo a partir de aquí son traídas de esa publicación.

36/ Alberto Mattioli, *Stefano Boeri, "Milano città globale ma dialoghi con il Paese"*, "La Stampa", 31 gennaio 2019, p. 27.

37/ *Borsa Milano vale 543 mld, 33% del Pil*, comunicato stampa, 28 dicembre 2018, <http://www.ansa.it/sito/notizie/economia/2018/12/28/borsa-milano-vale-643-mld-33-delpil_6a85d97a-0283-4994-943e-e7e1e516ccec.html>.

38/ In Mattioli, *Stefano Boeri, "Milano città globale ma dialoghi con il Paese"* cit.

39/ Cfr. también Saskia Sassen, *Cities in a world economy*, Sage, New York, 2018. Sassen es autora de otro texto fundacional del gigantismo urbano: *The global city. New York, London, Tokio*, Princeton University Press, Princeton, 2001.

40/ Slavoj Žižek, *La scomparsa della sinistra*, "Internazionale", 15 marzo 2019, p. 36.

41/ Ernst F. Schumacher, *Piccolo è bello. Uno studio di economia come se la gente contasse qualcosa*, Mondadori, Milano, 1978 (ed. orig. *Small is beautiful. A study of economics as if people mattered*, Blond & Briggs, London, 1973).